

Zona Franca

AÑO IX - Número doble: 9/10 - SETIEMBRE 2001

*** EDITORIAL**

*** ACTUALIZACIONES Y TENDENCIAS**

Lourdes Fernández Rius
Hilda Habichayn
Silvia Yannoulas
Gabriela Dalla Corte // Zulma Caballero
Cleci Eulalia Favaro
María Carzolio

*** DESDE LA MAESTRIA**

Tania Diz
María Galván
Susana Chiarotti / Gloria Schuster / Analía Aucía
Silvana Darré

*** OTRAS VOCES**

Ruri Ito
Elena Díaz
Marta García Lastra/Ángel García Santiago/Juan Zubieta Irún
Francesca Puigpelat Martí
Rita Felski

*** ENTREVISTAS**

*** COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS**

*** COMENTARIOS CINEMATOGRAFICOS**



CENTRO DE ESTUDIOS
INTERDISCIPLINARIOS SOBRE LAS MUJERES

FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES

SUMARIO

Editorial	1
Actualizaciones y Tendencias	
<i>Lourdes Fernández Rius: Roles de Género y Vínculo Amoroso</i>	3
<i>Hilda Habichayn: Mujeres Italianas Emigradas a Rosario (1945-1965)</i>	14
<i>Silvia Yannoulas: Género, Trabajo y Educación Profesional: Aproximaciones desde el Brasil</i>	22
<i>Gabriela Dalla Corte/Zulma Caballero: Avatares de la Categoría Género: Experiencias Institucionales en la ciudad de Rosario</i>	41
<i>Cleci Eulalia Favaro: Imprensa e Representações Sociais Papéis Femininos na colônia italiana no Rio Grande do Sul</i>	49
<i>Maria Carzolio: Poder y Género en Dos Libros sobre Historia de las Mujeres</i>	59
Desde la Maestría	
<i>Tania Diz: Varones Privados de Mujeres Públicas</i>	67
<i>María Galván: Algunas Consideraciones Respecto a la Construcción de la Ciudadanía desde una Perspectiva de Género</i>	72
<i>S. Chiarotti/G. Schuster/A. Aucía: El Embarazo Forzado. Reflexiones desde el ángulo Socio-Jurídico</i>	76
<i>Silvana Darré: 8 de Marzo o las Huellas de un Avance</i>	86
Otras Voces	
<i>Ruri Ito: La Política de Inmigración Japonesa Frente al Fenómeno de Inmigración Femenina</i>	96
<i>Elena Díaz: Mujer Cubana: Continuidad y Cambio en la Sociedad</i>	104
<i>M. García Lastra/A. García Santiago/J. Zubieta Irún: Algunos Datos Sobre la Salud y la Conducta Sexual de las Mujeres de Cantabria</i>	109
<i>F. Puigpelat Martí: Feminismo y Maternidad por Sustitución</i>	121
<i>Rita Felski: La Doxa de la Diferencia</i>	128
Entrevistas	
<i>Gabriela Aguila/Sandra Fernández: Conversaciones con Mary Nash</i>	141
Comentarios Bibliográficos	
<i>María Graciela Galván: Hombres y Padres. La Oscura Cuestión Masculina</i>	148
<i>Ana Esther Koldorf: Hombres y Padres. La Oscura Cuestión Masculina</i>	150
<i>Nora Casco: Historia Oral: Melisa, una Mujer de las FARC</i>	153
<i>Zulma Caballero: Creación Artística y Mujeres</i>	155
<i>Gabriela Dalla Corte: Historia de la Violación, Siglos XVI-XX</i>	157
<i>Héctor Bonaparte: Género: Salud y Cotidianidad</i>	160
<i>Ana Esther Koldorf: Pájaros sin Luz: Testimonio de Mujeres de Desaparecidos</i> ...	162
<i>Gabriela Dalla Corte: Género e Historia. Mujeres en el Cambio Sociocultural</i>	166
Comentarios Cinematográficos	
<i>Hilda Habichayn: Artemisia</i>	168
<i>Zulma Caballero: Cuando las Niñas son Protagonistas</i>	170

SECRETARIA GENERAL:

HILDA HABICHAYN

MIEMBROS PERMANENTES:

ANALIA AUCIA
SILVIA BARBIERI
VILMA BIDUT
HECTOR BONAPARTE
MARTA BONAUDO
ZULMA CABALLERO
CRISTINA CACERES
LILIANA CAPOULAT
MARIA INES CARZOLIO
NORA CASCO
ELSA CAULA
GABRIELA DALLA CORTE
LILIAN DIODATI
TANIA DIZ
SANDRA FERNANDEZ
ANA FERRINI
ANA ESTHER KOLDORF
NORA LIÑAN
MARIA DEL CARMEN MARINI
ZULEMA MORRESI
MARIA CRISTINA OCKIER
SILVIA PERAZZO
ELVIRA SCALONA
SIMONE SILVA
ELIDA SONZOgni
MARIA CECILIA STROPPA
MARCELO ULLOQUE
GRACIELA VIVALDA
ISABEL ZANUTIGH

**RESPONSABLES DE ESTE
NUMERO:**

VILMA BIDUT
HECTOR BONAPARTE
ZULMA CABALLERO
LILIANA CAPOULAT
NORA CASCO
GABRIELA DALLA CORTE
TANIA DIZ
SANDRA FERNANDEZ
ELIDA SONZOgni

ISSN:0329-8019

COMPOSICIÓN E IMPRESIÓN:
PROPUESTA GRÁFICA
TEL. 4253139 ROSARIO

editorial

Una vez más, la gente de **Zona Franca** logra arribar a una nueva producción colectiva para ser sometida a la lectura, la discusión y las discrepancias que puedan originar sus posturas frente a sus lectores/as. Una vez más, ese propósito fue alcanzado a pesar de las muchas dificultades, escaseces, postergaciones y aún, desánimos pasajeros —derivados de un contexto social *enrarecido*— que debió superar la tarea editorial. Pero es evidente también, que aunque los escollos aumentan día a día también parece hacerlo nuestra capacidad de aguante y nuestro espíritu militante. Y el número 9 de la revista sale a la calle. Como en las últimas entregas, el crecimiento y consolidación de la revista se advierte, por una parte, en el mantenimiento de espacios fijos; por otra, en el crecimiento, en cantidad y calidad, de las contribuciones que acercan los autores/as. Cada una de estas secciones, a su vez, expone con nitidez, los vínculos ideológicos y académicos que el espacio del CEIM y de la Maestría han generado hacia ámbitos geográficos cada vez más amplios y lejanos.

Los artículos seleccionados en ACTUALIZACIONES Y TENDENCIAS transitan perspectivas, problemas y reflexiones diversas. Lourdes Fernández Rius, autora de "Roles de género y vínculo amoroso" se aproxima a la especificidad de esa relación interpersonal, buscando descubrir un conjunto de aspectos que denotan la presencia del género tanto en el nivel de las prescripciones como de las representaciones sociales. Desde tal reconocimiento, examina la dinámica social que erosiona aquellas características genéricas, particularmente la que deviene de los movimientos feministas. De este modo, descubre las asincronías y contradic-

ciones, que encierra la dialéctica entre cambio y conservación, observables en múltiples valores, creencias y modelos internalizados pero a su vez, sometidos a nuevos cuestionamientos. "Mujeres italianas emigradas en Rosario (1945-65)" asume las características de una primera entrega de la investigación que, sobre tal problemática, está llevando a cabo Hilda Habichayn. El carácter introductorio del artículo no descuida las orientaciones metodológicas a las que se remite el proyecto e incluye, asimismo, una exhaustiva información acerca de la población bajo estudio, tanto en sus aspectos cuantitativos y cualitativos, como en relación a las coberturas institucionales de distinto tenor que la misma dispone. Silvia Yannoulas, en su artículo "Género, trabajo y educación profesional: aproximaciones desde el Brasil", examina críticamente, desde la óptica genérica, las características, alcances y limitaciones de las políticas sociales emprendidas por el sector público. En este sentido, realiza esta operación de disección político-ideológica del Plan de Calificación de Trabajadores (PLANFLOR), llevado adelante por el gobierno brasileño desde 1995. Desde sus particulares experiencias en tanto gestoras y protagonistas, Gabriela Dalla Corte y Zulma Caballero recorren la trayectoria de una categoría teórica en distintos contextos. "Avatares de la categoría género: experiencias institucionales en la ciudad de Rosario, Argentina (1985-2000)" pone en cuestión y debate la pertinencia de dicha categoría en la gestión pública municipal, en el accionar de las ONGs y en los estudios académicos, particularmente los generados en el seno de la institución universitaria, a través de los proyectos del CEIM y de la Maestría "El Poder y la Sociedad desde la Problemática del Género". De este modo, señalan los riesgos de *iatrogenia* potencialmente vigentes en esa categoría lo cual implica que, en procura de equidistancia, vuelva a ocultarse la problemática inicial, es de-

Agradecimientos:

Este número doble de **Zona Franca** ha sido posible gracias al aporte solidario de varias instituciones:

- Mama Cash (Holanda).
 - Departamento de la Mujer de la Municipalidad de Rosario.
 - Asociación «Jose Pedroni» de la Facultad de Humanidades y Artes UNR.
- A todas ellas muchas gracias.

cir, la que corresponde específicamente a las relaciones asimétricas de las mujeres, en términos de la distribución del poder. En "Imprensa e representações dos papéis femininos: a colonia italiana no Rio Grande do Sul", Cleci Favaro somete al análisis el discurso dominante utilizado desde los orígenes de la instalación de la referida colectividad italiana con la finalidad de mantener aisladas y distantes a sus mujeres, respecto del espacio público en general y de las esferas de decisión en particular. En tal dirección, aborda críticamente la prescriptiva impuesta desde la institución eclesástica, consistente en la trilogía de *obedecer, agradecer, trabajar*. Pero descubre que, detrás de esa normativa tan rígida, se perciben los cambios de actitudes en sus destinatarias, los cuales se vinculan al reconocimiento de su rol económico indispensable para el conjunto social; esto les permitió superar estereotipos y prejuicios tradicionales y

avanzar en los procesos de construcción de identidades, a partir de la experiencia personal.

Como la producción de la Maestría se asume como un espacio de comunicación, seis maestrandas exponen sus reflexiones acerca de diversos problemas y desde particulares perspectivas de análisis. OTRAS VOCES aproxima las reflexiones y problemáticas que nacen en otros escenarios sociales o culturales. A su vez, la visita de Mary Nash como invitada por el CEIM para el dictado de una conferencia, fue pretexto para la realización de una entrevista cuyas responsables son Sandra Fernández y Gabriela Aguila. A la sección de Comentarios Bibliográficos, que da cabida a reseñas y críticas de la última producción especializada, se agrega como otra novedad, la incorporación de Comentarios Cinematográficos, cuyas voluntarias comentaristas son, por esta vez, Hilda Habichayn y Zulma Caballero.

Roles de Género y Vínculo Amoroso

LOURDES FERNÁNDEZ RIUS
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Los vínculos amorosos constituyen un tipo específico de relación interpersonal caracterizada por su fuerte atractivo sexual, espiritual, la elevada selectividad y afectividad.

En estos vínculos desde sus inicios se va conformando un espacio psicológico intersubjetivo cuya especificidad posee estrecha relación con las particularidades personalógicas de los sujetos que lo integran.

Características de personalidad como la concepción personal que se posea con respecto a la sexualidad, el amor, las relaciones humanas, la feminidad, la masculinidad posibilita la formación de ideales con respecto a la persona con la cual deseamos establecer una relación amorosa, sino también ideales con respecto al propio vínculo en términos de su calidad, normas, estilos comunicativos, etc. A partir de aquí, también se forman expectativas, esperanzas con respecto a la otra persona y a la propia relación a veces muy nítidas, otras no muy bien conformadas e incluso muchas veces no concientizadas.

A los vínculos amorosos vamos con estas nociones, con los mitos acerca de la sexualidad y el amor que pacientemente la cultura se encarga de tejer y transmitir, con nuestras ideas de lo que es ser hombre o mujer. Así, la comprensión de los vínculos amorosos pasa, sin dudas, por la representación social que con respecto al hecho de ser hombre o mujer existe para determinada cultura y sociedad.

También llevamos a nuestros vínculos amorosos los aprendizajes anteriores de otros vínculos con los cuales hemos interactuado, las relaciones amorosas de nuestros padres y los vínculos que durante la vida hemos establecido con ellos.

Nuestras necesidades emocionales, afectivas, de realización, de comunicación también se articulan en el modo en que intentamos amar así como nuestras capacidades para brindar y recibir afecto, para comunicarnos y aceptar a los demás y ejercer nuestra influencia personal.

La forma en que nos amamos a nosotros mismos también ejerce su influencia en el modo en que amamos. La autovaloración que tengamos, la autoestima y la tolerancia para aceptar nuestros defectos y entender nuestras virtudes.

Así, en un complejo proceso de articulación de las personalidades involucradas en el vínculo se va tejiendo una intensa trama intersubjetiva que tipifica en lo psicológico a los vínculos amorosos.

De este modo la comunicación que se establece a lo interno del vínculo, entendida esta en el sentido de la transmisión de información, afecto o interinfluencia en los comportamientos mutuos, en el sentido de la comprensión empática, la aceptación mutua, la tolerancia, va a guardar estrecha relación con las particularidades personalógicas de los sujetos implicados.

Asimismo, los espacios y límites psicológicos que se articulan a lo interno del vínculo, así como el proceso de asunción y adjudicación de los roles de género y el desempeño en este sentido se encuentra también muy relacionado con la personalidad de los sujetos individualmente.

Roles de género...

Por roles de género, se entiende a aquel conjunto de comportamientos previstos, esperados y asignados a uno u otro sexo desde la cultura, en una sociedad y momento histórico específico.

A través del rol de género, se prescribe cómo deben comportarse un hombre y una mujer en la sociedad, en la familia, con respecto a su propio sexo, al sexo contrario, ante los hijos, incluido en ello determinadas particularidades personalógicas atribuidas y aceptadas para cada uno de los sexos, así como los límites en cuanto al modo de desarrollar y ejercer la sexualidad.

Desde el vestir, caminar, hablar, gesticular, hasta aspectos más asociados a la subjetividad como la autoestima, autonomía, capacidades comunicativas y el ejercicio del poder, entre otros, pasan por las prescripciones del rol, emanando de aquí lo que resulta valioso para definir la feminidad o la masculinidad. Estos valores hacia lo masculino y hacia lo femenino se transmiten generacionalmente a través de las diversas influencias comunicativas existentes en la sociedad, se subjetivan, configurándose progresivamente una concepción con respecto a la vida amorosa y al encuentro entre los sexos.

Esta expectativa y tipificación social se integra a la configuración de la autoimagen, delineándose una identidad genérica, en la medida en que el sujeto trata de adecuar su comportamiento a

lo exigido culturalmente para su sexo o al sexo que se le apruebe y estimule desde lo social.

La transmisión de estos roles es un elemento esencial en la conformación de la identidad genérica, propiciando progresivamente la aceptación y sentimiento de pertenencia hacia determinado sexo.

Los pilares tradicionales de la masculinidad se encuentran muy asociados a la fortaleza tanto física como espiritual. La primera, además del buen desempeño y la excelencia, incluye la rudeza corporal y gestual, la violencia, la agresividad y homofobia. La segunda, supone eficacia, competencia así como el ejercicio del poder, la dirección y definición de reglas, la prepotencia, valentía e invulnerabilidad. La independencia, seguridad y decisión son también expresión de fortaleza espiritual, unido a la racionalidad y autocontrol. El hombre no debe doblegarse ante el dolor, ni pedir ayuda aunque ello lo conduzca a la soledad. Por eso se le prescribe, por lo general, alejarse de la temura, de los afectos complejos, de los compromisos afectivos muy profundos, de la expresión de los sentimientos.

En el hombre la sexualidad está muy vinculada a su rol social. Así, en este plano, debe desplegar también su carrera por la excelencia y estar siempre listo sexualmente, «siempre erecto», tener buen desempeño y rendimiento, variadas relaciones, ser activo en el coito y responsable del orgasmo femenino. Requiere a su vez, de la constante admiración femenina como nutrimento de su autoestima, esforzándose más por la demostración de su masculinidad que por su propio crecimiento. La masculinidad para el hombre se convierte finalmente en algo que hay que demostrar, de lo que hay que convencer.

Los pilares tradicionales de la

feminidad se asocian a la contradicción maternidad - sexualidad. La maternidad vinculada a la protección, tranquilidad, sacrificio, dolor, al borramiento de la identidad personal para integrarse a la identidad de otros. La maternidad se convierte en la exigencia social que da sentido a la vida de la mujer, el eje de la subjetividad femenina, de su identidad genérica y personal. Esto incluso ha llegado a extenderse más allá del rol materno específico, extrapolándose a vínculos, que aunque de otra naturaleza, en ellos la mujer reproduce una relación maternal.

A partir de aquí se le atribuyen características como la sensibilidad, expresividad, docilidad, generosidad, dulzura, prudencia, nobleza, receptividad, acentuándose más en su caso, la orientación hacia los demás. Es como si su identidad se encontrara más conectada a la relación con los otros, muy dependiente de lo cultural exigido y de la protección masculina. Asimismo, se le considera más influenciable, excitable, susceptible y menos agresiva. Su comportamiento es menos competitivo, expresando su poder en el plano afectivo y en la vida doméstica.

Esta imagen de la mujer-madre, niega la imagen de la mujer-sexo, en tanto coqueta, seductora, apasionada. Para la mujer el sexo como placer, visto como algo asequible y de modo masivo, constituye una novedad de las últimas décadas, adscribiéndose más bien al rol tradicional en cuanto a la maternidad, desde el estereotipo del sacrificio, la renuncia y la entrega incondicional.

Ambas representaciones sociales de los géneros, imponen tanto a la mujer como al hombre, limitaciones en su crecimiento personal, diseñan subjetividades dicotómicas, contrapuestas, excluyentes, ante lo cual, siguiendo esta visión tradicional, hombre

y mujer más que encontrarse, se enfrentan desde la rivalidad, se complementan de modo rígido, aunque incapaces para actuar de modo independiente. «(...) la conformación de estos arquetipos culturales y de patrones de comportamiento según los sexos, desde un punto de vista psicológico, producen en la pareja una relación de subordinación y dependencia de la mujer, 'sexo débil', hacia el hombre, 'sexo fuerte'». (Ares, P. 1990).

Así, tales estereotipos inciden en el condicionamiento del vínculo entre los sujetos de un mismo sexo y entre los de sexo diferente, influyendo de modo particular en la configuración del vínculo amoroso.

A pesar de que mujeres y hombres, refuerzan y reproducen los roles genéricos, tanto en la mutua interrelación, como en la educación familiar, la vivencia de los roles desde el sexismo, no deja de imprimir su impronta a la integridad personal del sujeto, creando con no poca frecuencia, conflictos entre lo que se siente, se piensa y la actuación.

Así, la mujer, a la cual se le exige debilidad, emotividad, se sabe a su vez fuerte, pero la competitividad, puede poner en dudas su feminidad. A su vez, la excesiva conexión con los demás, no deja de vivenciarla en ocasiones con incomodidad, pues aunque a veces necesite y pretenda desvincularse, no siempre se siente capaz de hacerlo ni los demás se lo permiten.

El hombre por su parte, social, económica y sexualmente sobreexigido, debe ostentar fortaleza, aunque sepa que puede ser vulnerable. Apresado por la perfección, está impedido de expresar debilidad y fracaso, más expuesto al distanciamiento emocional con los demás, a la inseguridad y al estrés. Al gratificar su autoestima desde lo tradicional,

sacrifica lo más humano de su existencia.

En el conflicto psicológico generado por los roles de género interviene también lo que de personalológico integra el sujeto en la propia asimilación del rol en función de su identidad genérica y de su personalidad como totalidad, variando la complejidad e intensidad de este conflicto no sólo de un contexto sociocultural a otro, sino de un sujeto a otro, en función de sus recursos personalológicos. (Fernández, L. 1993).

Las representaciones sociales acerca de los sexos, de lo que significa ser hombre o mujer, de los roles previstos para ambos, de lo que es el amor, la pareja, propias de una determinada cultura y contexto sociohistórico, se incorporan a la subjetividad individual en creciente elaboración individual y mediatización personalológica, de acuerdo a los recursos que el propio sujeto va alcanzando en su desarrollo, que como tendencia se complejizan y articulan cada vez más. Por el eje conceptual de lo que significa ser hombre o mujer, pasa la identidad personal, genérica y hasta la propia autoestima.

Un sujeto cuya personalidad se caracterice por inseguridad, dependencia, determinismo externo, tiende a asumir de modo más rígido y mimético el rol prescrito culturalmente. Comportarse según lo aceptado socialmente constituye, en tales casos, un antídoto para la ansiedad, proporciona seguridad, convirtiéndose en un modo acrítico, pasivo-reproductivo de asumir dicha representación social.

Por otra parte, el desafío al rol tradicional, la flexibilidad ante el mismo, supone también una personalidad madura, flexible, tolerante al cambio, con capacidad de apertura ante lo nuevo y diferente, segura e independiente, recursos que le permitan la críti-

cidad de lo cotidiano, crear estrategias sin adscribirse rígidamente al rol. Así, hay sujetos que asumen el rol que se les asigna y otros que no, que luchan contra él, se movilizan o entran en conflicto.

A su vez, la asunción de un determinado rol desde lo personalológico, hace que también asignemos al otro, roles que complementen a los que hemos asumido. Adjudicamos al otro, un rol en función de nuestras necesidades y configuramos así expectativas las cuales al satisfacerse favorecen la comunicación e interacción en los vínculos.

Impacto y cambios...

En las últimas décadas, los fuertes cambios sociales, económicos, científico-técnicos han ejercido su impacto en la cultura universal, con su expresión particular en los contextos sociales y momentos históricos específicos. Ello se aprecia también en las representaciones acerca de los roles de género, en las concepciones tradicionales en este sentido, afectando por consiguiente, la naturaleza del encuentro entre los sexos y de la vida en pareja.

Actualmente asistimos a una singular movilidad en dichas representaciones. Los contornos de los roles de género, ya no son tan nítidos, delimitados, ni rigurosos, comienzan a permeabilizarse sus fronteras y a interpenetrarse sus contenidos.

El ímpetu del feminismo, ha influido considerablemente en el desarrollo de los derechos de la mujer con respecto al acceso al trabajo, a la educación, al sufragio en una larga lucha por reivindicar a la mujer de su marginación. Este movimiento ha revolucionado también la identidad y el comportamiento sexual femeninos, otorgándole mayor libertad a este último, todo lo cual ha acen-

tuado el punto de la autonomía de la mujer con respecto al hombre.

Todo ello ha influido notablemente en la desmistificación de la virginidad, en la distinción del sexo placer del sexo procreación, en el acceso de la mujer al control y planificación de la natalidad e incluso a diversificar sus alternativas sexuales.

El derecho a la sexualidad como placer -que como conquista alcanza la mujer en las últimas décadas- la induce a desarrollar sectores de su personalidad tradicionalmente aceptados como masculinos. Así, en este ámbito puede ser activa, tener iniciativa, crear caricias, no sólo recibir sino dar placer sexual, no sólo estar disponible sino también actuar, no necesariamente aceptar y solicitar la penetración. La sexualidad la vive ahora desde la libertad de sus relaciones interpersonales.

La anticoncepción posibilita la planificación familiar con la tendencia a la disminución de la fecundidad. La maternidad cada vez más es una derivación del amor y la libertad y menos del fatalismo y la resignación.

Justo en la segunda mitad de este siglo, la mujer comienza a acceder a espacios antes vedados para ella, son cada vez más las mujeres que trabajan fuera del hogar, que se convierten en proveedoras contribuyentes o absolutas de sus familias, que se independizan económicamente, que ocupan responsabilidades, y que disfrutan y encuentran legítimos espacios de realización en la vida laboral.

La nueva presencia y participación pública de la mujer ha traído consigo la ampliación de sus intereses, conocimiento y cultura así como la asimilación de pautas y exigencias de la vida pública. Todo ello ha generado como consecuencia que lo doméstico y privado vaya abandonando el centro y el monopolio de la vida

de la mujer, aunque sin perder su importancia.

Ahora el centro de su autoestima se desplaza del recato, la pasividad y habilidades domésticas a su preparación, destreza e iniciativa ante la vida, al aumento de su autoconfianza, seguridad, independencia y juicios propios.

Cada vez más afloran las mujeres que sienten no sólo la exigencia externa de un desempeño social sino también una exigencia interna. Se trata de mujeres que trabajan no exclusivamente por el aporte económico que esto podría traer a su vida personal y familiar sino que sienten en sí mismas la necesidad de realización social, incluso, con tanta o mucha más fuerza que la asunción de la gestión de un grupo familiar.

Se genera así un impacto transformador en las normas sociales, en los códigos del patriarcado. La delimitación y diferenciación de los roles de género y sus funciones van tendiendo hoy cada vez más a su flexibilización produciéndose cambios en lo que respecta a la noción de lo masculino y lo femenino, en la vida sexual y de pareja, de la familia tradicional y la procreación como su proyecto esencial. Así como la promoción de un pensamiento y actuación que relativiza lo que calmadamente había sido entendido hasta entonces como «lo privado» y «lo público».

El liderazgo afectivo y doméstico de la mujer va perdiendo su significación tradicional ante el impacto tecnológico en el quehacer doméstico, el énfasis en el sexo como placer, los avances de la anticoncepción así como la mayor ocupación e independencia de los hijos fuera del hogar, la disminución del número de éstos y las mayores posibilidades en la mujer para su incorporación social.

A su vez, emerge un hombre más participativo en la vida familiar, unido al debilitamiento de su

omnipotencia y carácter autoritario, que le hace perder paulatinamente el control sobre los hijos, ante el irrefrenable desarrollo del saber, de lo cual estos últimos son partícipes activos.

Sin embargo, la autonomía sexual de la mujer no articula con el varón tradicional que no sabe negociar desde la paridad.

Esto sin dudas, le presenta desafíos compulsándolo a cambiar respecto a su apertura emocional, a su participación en lo privado, a su tolerancia a la vulnerabilidad y su capacidad para desplegar relaciones más equitativas. Para el hombre vivir la sexualidad desde la igualdad y la reciprocidad con la mujer, le plantea transformaciones y avances en sectores de su personalidad considerados tradicionalmente como femeninos tales como la temura, la sensibilidad, el sentimiento, la vulnerabilidad, el recibir y dar placer, el abandono de la omnisapiencia y la omnirecepción. Despojarse de una sexualidad demostrativa para poder vivirla en su totalidad y plenitud de cuerpo y persona.

Debemos tener presente que en la rivalidad entre los géneros el varón va quedando con su afectividad reprimida, con la persecución de la omnipotencia, con la sensibilidad y temuras laceradas, con la angustia de la excelencia, la protección y la posesividad.

En este sentido Fernando Savater -quien considera al cambio del rol femenino como una de las revoluciones más importantes de los últimos dos siglos- afirma que el hombre entra al tercer milenio con mucha más zozobra que la mujer, que éste ha perdido su preeminencia social lo que lo conduce a la crisis. Esto posee el correlato a su vez de haberle abierto al hombre otros espacios como los de poder abrirse a otro hombre, desarrollar y descubrir su mundo de fragilidad y sentimientos sin avergonzarse (Arias, J. 1996).

Estos cambios en el hombre son vistos como amenazantes, como el temor a la pérdida de la identidad. ¿Qué es ser varón después del cambio? Esta duda hace estallar la identidad masculina, lo cual subyace mucho más en la resistencia al cambio que la posible pérdida de «privilegios» y atenciones femeninas.

La mujer, históricamente más orientada hacia su interior y el hombre más hacia la imagen que ofrece de sí, comienzan a experimentar variaciones hacia un encuentro, desde puntos diferentes de partida. La mujer exige ahora más receptividad, respeto y expresividad por parte del hombre, buscando a la vez independencia y suficiencia externa. El hombre, claro de los requerimientos femeninos, comienza a vivenciar la temura como valor, abriéndose a nuevos espacios.

Todo esto, no está exento de contradicciones. La búsqueda de una nueva intimidad, hace al hombre dicotomizar con su virilidad en peligro. La mujer, no deja de afrontar crisis de sentidos cuando ante exigencias tan nuevas, sigue afeerrada a lo tradicional.

Sin embargo, en muchas polémicas en nuestro medio, acerca de este asunto, el punto se reduce al debate de las aristas domésticas y sociales del rol. Restringir la discusión a este punto, trueca lo condicionante en fin último. Lo que es condición para vivir y crecer en pareja como proyecto, se convierte progresivamente en el proyecto en sí mismo.

Por otra parte, pretender hallar solución a la polémica a partir de la apertura de espacios sociales a la mujer o domésticos al hombre, sin profundizar en la real dimensión de la identidad femenina y masculina, es a mi modo de ver, un pseudoprogreso que reedita el desencuentro.

No se trata pues de un fenómeno mecánico, a pesar del fuerte impacto de los factores mate-

riales, cuya solución propicia pero no garantiza de modo directo, la calidad de la vida en pareja. Se trata pues de una trama dinámica, en interrelación, en la cual a pesar del conflicto que siempre genera el ajuste de roles en la pareja, las condiciones socioeconómicas más favorecidas, facilitan la alternancia de roles, mientras que por otra parte, los vínculos más tradicionales y empobrecidos psicológicamente, son más vulnerables a la rutina y al estancamiento de los sujetos en el afrontamiento y solución de las contradicciones.

Conservación, perpetuidad...

Junto al cambio que se opera en una serie de aristas en el desempeño de los roles de género, también se aprecia cierta parálisis en otras aristas del mismo, coexistiendo una contradicción entre lo que surge, permanece y caduca en el rol genérico, de indudable impacto en la vida de pareja.

Subsiste aún resistencia en algunos sectores y segmentos sociales a esta incursión de la mujer en el ámbito público, y una vez en él, se le destina a labores «propias de su naturaleza femenina» o se le remunera mal. Asimismo, la erotización de la publicidad y de los medios de comunicación sigue utilizando preferencialmente la imagen del cuerpo femenino, lo que cosifica a la mujer y perpetúa su condición de objeto de apropiación.

Al mismo tiempo, la soltería como opción, el orgullo por la independencia y los proyectos propios, son víctimas de suspicacia social y no es muy fácil en nuestra cultura el tránsito por la soledad -con comodidad emocional- en el caso de la mujer.

Lo cierto es que, para esto no sólo no están preparados la mayoría de los hombres sino tampoco la mayoría de las mujeres,

quienes continúan polemizando entre una identidad con la cual no están conformes pero que no tienen fuerza de abandonar y una identidad nueva que les asusta y aún no logran entronizar definitivamente.

Las mujeres, que tanto hemos avanzado en lo social, lo profesional y lo político con las especificidades contextuales que supone este análisis, no lo hemos hecho mucho en la vida íntima. Algunas siguen tan machistas como antes, otras desde declararse «progre» continúan en lo tradicional, perseguidoras -sin ser totalmente conscientes- de ideales machistas, preconizan una igualdad social a la vez que un sometimiento privado, como en un doble discurso. Es como si en la vida íntima la mujer continuara pasando por el hombre.

Las liberaciones son lentas, se alcanzan retos pero están aún pendientes otros como lo es la autonomía afectiva en el caso de la mujer.

En este sentido, continúa percibiéndose desde lo social el rol femenino como desventajoso, cuando se le identifica con la maternidad sacrificada, debilidad, dependencia, inseguridad y limitación intelectual y al rol masculino como privilegiado, cuando se le identifica con virilidad, fuerza, poder, independencia.

Sin redimensionar ambas representaciones, las asignaciones y suposiciones de desventajas y ventajas para uno u otro sexo, no es posible una movilidad de esencia en los roles de género, un real progreso en este sentido, alcanzándose más bien una pseudoalternancia o pseudoprogreso.

Mantener tales representaciones en distorsión y las aristas psicológicas más profundas y afectivas de este fenómeno, lo que encontramos como tendencia hoy, es un hombre que polemiza acerca de su condición de

victimario privilegiado o víctima perjudicada, del malestar masculino con sus consecuencias para sí y para los otros. Estamos ante una virilidad que aunque poderosa, censura a su vez al diálogo, a la intimidad y al aprendizaje, de una sexualidad prolifera no exenta de guiones que hiperbolizan, mitifican y sobreexigen a sus potencialidades, de un esfuerzo complaciente ante los reclamos de la mujer y no un real deseo de ciertos cambios.

Encontramos también, a una mujer que intenta progresar, pero no pocas veces desde lo dicotómico y rivalizador con respecto al hombre, lo cual más que a un cambio real, conduce a un endeudamiento doble: con la autorrealización personal y social que pretende alcanzar y con lo cultural tradicional de su rol, como si su identidad actual pasara por el equilibrio constante entre su vida personal y profesional o social.

Hoy, cuando se acrecientan las posibilidades sociales para la mujer, ésta se encuentra diluida en un sinnúmero de roles, muchas veces contradictorios y tensionantes. En el proceso lento y complejo de las transformaciones subjetivas, la mujer avanza en lo intelectual y lo social, pero sin sólidos recursos para satisfacer las exigencias derivadas de aquí, aferrada aún a estereotipos a pesar de la intencionalidad de romper tradiciones. Se debate pues entre la independencia, competencia, seguridad y optimismo ante los demás y la inseguridad y malestar emocional cuando está sola. Como atrapada entre lo nuevo y lo viejo, en una definición de femineidad que no logra abandonar, ni tampoco aceptar totalmente, (Becker, C. 1989), lo cual afecta el ajuste de sus expectativas y su seguridad presente.

Refiriéndose a los cambios actuales y como los viven las mujeres refiere la antropóloga V. Gutiérrez

de Pineda: «Mientras luchan por la igualdad hay ocasiones en las que todavía están recordando y añorando una figura masculina poderosa, protectora y envolvente, las liberaciones son muy complejas y muy lentas, aún nos queda mucho por recorrer, una mujer quiere libertad pero quiere a su vez un hombre protector, es contradictorio. La mujer ha logrado de una u otra forma resolver los nuevos retos pero le hace falta el asidero afectivo» (Martín, E. 1995).

Tanto si remueve mucho lo establecido, como si no incorpora lo novedoso del rol femenino, teme a la pérdida de la aceptación social. Si despliega excesiva intimidad, teme perder los límites propios, si se toma muy independiente, teme por la suficiencia personal que ello supone o por un posible alejamiento masculino.

Vivencia fuertes temores ante la tenencia o no de hijos, en la colisión de la presión de la edad y de la realización social. Desde lo tradicional, vivencia culpabilidad si se atiende mucho a sí misma. Desde el pseudoprogreso, se diluye en tantos roles que tiene ahora poco tiempo para sí misma, para sentirse satisfecha o percibir su autocrecimiento, produciéndose más bien un reemplazo de compromisos y exigencias, que una articulación y progreso (Becker, C. 1989).

Roles de género y pareja...

Con respecto a los vínculos amorosos se habla de la existencia de modelos vinculares, es decir, de ciertas características psicológicas específicas que tipifican a un modo u otro de establecer las relaciones de pareja.

Así, se encuentra un modelo fusional dependiente que ha sido promovido por la cultura tradicionalmente como el tipo de amor verdadero y perfecto. Es un vínculo de fuerte unión afectiva, sus

miembros pretenden armonizar de modo completo, sin falla. Se cierran sus límites al espacio externo a la pareja y se crea una dependencia emocional absoluta entre ambos. Se produce un desempeño de los roles de género desde una complementariedad rígida. En este caso no existe mucha conciencia de la falta de libertad y de la ausencia del espacio personal. Vivir el amor de este modo es muy típico de la fase de enamoramiento así como de parejas cuyos miembros defienden de modo rígido relaciones posesivas e invasivas generadas por estereotipos de roles patriarcales. Como es muy defendido desde la cultura tradicional esta manera de amar, las personas que diseñan este tipo de vínculo sienten que salirse de estos cánones sería como dejar de amar.

Existe otro modelo vincular en el cual también se reproduce una forma sexista de entender los roles de género. Se trata del modelo de inclusión típico de parejas en las cuales se establece una jerarquía de uno de los miembros con respecto al otro, existe una relación de sumisión-dominancia asimétrica que favorece la desigualdad de género. En la mayoría de los vínculos de esta naturaleza es la mujer la que pierde su espacio personal para incluirse en el espacio personal del hombre reproduciéndose a lo interno del vínculo el sexismo imperante en la cultura. Los vínculos de esta naturaleza pueden perdurar cuando ambos miembros están de acuerdo con vivirlos de este modo lo cual incluso proporciona seguridad emocional, reafirmación en la propia identidad, dependencia mutua. El modelo puede entrar en crisis cuando uno de los dos miembros no tolera esa dinámica relacional.

Un fenómeno interesante ocurre cuando este modelo se presenta con iguales características

desde su funcionamiento pero con una inversión de los géneros, es decir, cuando es la figura masculina la que queda absorbida por el espacio psicológico de la mujer. Este resulta un hecho contracultural que con alguna frecuencia va apareciendo en nuestro medio social a partir de la movilidad de los roles de género que se experimenta en la actualidad.

La liberación de la mujer y su salida al espacio público ha influido en las relaciones de pareja, en su dinámica y en la distribución de roles de género lo cual se considera una de las modificaciones más significativas del siglo sobre todo en los países industrializados. En otros países no industrializados se mantiene aún la falta de conciencia de género, de escolarización, miedos al enfrentamiento. Y situaciones de pobreza que gravitan en el camino de progreso de estos aspectos.

El impacto económico que posee la salida de la mujer al trabajo remunerado y el cambio que supone para la familia la doble jornada femenina, constituyen uno de los puntos más traumáticos en las sociedades contemporáneas, pues se torna conflictiva la exigencia al hombre de mayor participación en el ámbito privado.

La figura masculina deja de ser la proveedora por excelencia ante la paridad en la contribución económica e incluso ante el hecho de que en ocasiones sea la mujer quien aporte más en este sentido, lo cual genera conflictos desde el modo en que tradicionalmente había sido diseñado el poder a lo interno de la vida en pareja y familiar.

Al hacerse la mujer coprovidente, la autoridad se comparte y se avanza en un proceso que hace tambalear las jerarquías para moverse hacia relaciones más democráticas y de colaboración. Las familias con liderazgo económico femenino crecen.

V. Gutiérrez refiriéndose a estos cambios refiere que «este proceso ha puesto patas arriba la estructura y la función de la familia patriarcal tradicional. Inicialmente cuando la mujer comenzó su ingreso al mundo laboral y era soltera, la mayor ambición era conseguir marido para dejar de trabajar y dedicarse al hogar, luego este retorno a lo doméstico se prolongó hasta el nacimiento del primer hijo y finalmente nunca se dio. La mujer se hizo coprovidente, pero el poder continuaba en manos del varón quien le administraba el sueldo. Los avances sucesivos en la jerarquía de los sexos resultaron en unión de los tipos de familia nueva, la de vanguardia. En ésta ambos colaboran, gastan, hacen presupuestos y ambos por supuesto trabajan» (Martín, E. 1995). Como si se avanzara hacia una relación de poder hombre-mujer cada vez menos jerárquica y más democrática.

No son pocos los conflictos que se generan al interior de la pareja y la relación de ésta con su entorno cuando es la mujer la que posee mejor posición social, laboral y aporta más económicamente a la vida familiar.

Este hecho contracultural, desde lo tradicional, origina dificultades comunicativas en la pareja, depresión y problemas de autoestima en el caso del hombre, muchas de las cuales no se han concientizado y que se dirimen en el plano de los dobles mensajes, las agresiones, devaluaciones y en detrimento de la vida sexual. Es decir, que el crecimiento profesional de la mujer, su despliegue social exitoso, especialmente si no posee un correlato en la figura masculina, en las condiciones contemporáneas de movilidad de valores, tiene un costo: el estrés familiar y amoroso.

Todo ello toma esencialmente frágiles a aquellas parejas cuyos miembros pretenden erigirse des-

de alternativas menos tradicionales desde los roles de género, lo cual resulta ser un fenómeno de la transicionalidad y renovación de fin del milenio como veremos más adelante.

Este andar contracorriente genera no pocos embates del entorno, de la sociedad, que se cuestiona entonces la feminidad y masculinidad de los integrantes de la pareja. ¿Podremos mujeres y hombres enfrentar estas exigencias culturales? ¿Quiénes podrán arriesgarse al desafío de la opinión social y del malestar del propio conflicto interno?

Así, desde mantener la dicotomía y la competitividad entre los roles, se retorna al punto inicial, a un cambio parcial, al desencuentro hombre-mujer, a pesar de las posibilidades económicas y sociales contemporáneas. Se siguen enfrentando, alienando, enemistando los sexos, complementándose rígidamente para una ilusoria o precaria satisfacción subjetiva, en la medida en que se va olvidando el núcleo mismo del vínculo: la naturaleza humana.

Va quedando así, para este espacio intersubjetivo, intimidad dañada, un ejercicio de control más que de respeto y comprensión, fuertes colisiones de expectativas y funciones, privación de necesidades y ataques a la estima personal, incomunicación más que afrontamiento constructivo de las diferencias, a pesar de que algunos se conformen y satisfagan con la reproducción pasiva del rol.

También puede surgir el modelo de separación o independiente cuando se defiende por encima del vínculo el espacio personal. Es usual en personas que prefieren contactos eventuales, o cuando se teme a la entrega o excesiva intimidad psicológica no siendo en general muy típico de nuestra cultura.

Mientras, va floreciendo cada

vez con mayor ímpetu la transicionalidad en el ámbito de la pareja. El desvanecimiento de valores tradicionales, la permanencia de otros, y el nacimiento de otros nuevos. Va produciéndose -por el momento- una pareja en la cual coexisten y luchan valores muchas veces contrapuestos, que aunque representa una movilidad hacia nuevas maneras de configurar el vínculo amoroso, no está exenta de vicisitudes, colisiones a su interior y en la subjetividad de los sujetos que los integran los cuales con no poca frecuencia perciben de modo confusional sus identidades, o entran en conflicto consigo mismos y con los que les rodean, precisamente por viajar contra la cultura.

Hoy se habla de un modelo que no posee aún un referente concreto, pues han sido los modelos de inclusión y fusionales los predominantes. Se trata de un vínculo que promueva más una relación democrática, de equidad, decisiones y acuerdos compartidos.

Un vínculo que defienda el espacio personal a la vez que el propio vínculo, donde se transite con mayor flexibilidad entre la fusión y la separación, entre el yo y el nosotros, donde se combine de modo más armónico la seguridad afectiva con el sentido de libertad.

Hoy aparece en crisis la pareja cerrada, fusional, opresiva, sin espacio personal. Las relaciones amorosas hoy se mueven de la excesiva fusión, de la necesidad de unión, al miedo a la fusión y necesidad de libertad.

Hacia un modelo que está más bien en construcción. Hacia el 2000 tal parece que se conservará el pacto de exclusividad aunque con un mayor equilibrio con respecto al espacio individual y de pareja y con una distribución transicional de los roles de género en la cual subsisten elementos de las relaciones amorosas, patriarcales, a la vez que emergen fuertes ele-

mentos de ruptura y progreso con respecto a dicho modelo en lo cual entra en colisión el mito del amor romántico como lo ideal con el desvanecimiento e inoperancia del modelo fusional hoy.

El movimiento de las relaciones de pareja hacia la equidad y la justicia implicará sin dudas un desafío a su continuidad en medio de un mundo donde las relaciones breves y cambiantes hacen que la pareja sola a su interior se juegue su estabilidad y continuidad.

Avanzar en el encuentro hombre-mujer, sitúa a la pareja ante el enfrentamiento de disímiles contradicciones, conocerse, comprenderse a sí mismo y al otro, delimitar y considerar necesidades y prioridades de ambos, trascender la parcialidad en los análisis y admitir que, aunque desde acentos diferentes, ambos pasan por sobreexigencias sociales desde su identidad sexual.

Crecer en esta dirección, supone polemizar con lo histórico-culturalmente incorporado en este sentido, creencias, sentimientos, salirse de esquemas, de arquetipos, de la obediencia a estereotipos y buscar un modo más auténtico de vivir, que tipifique más a la persona que al personaje impuesto.

En el logro de estas transformaciones, los recursos psicológicos de los sujetos en cuestión, poseen especial importancia. En función de los mismos, para algunos sujetos movilizar su propia identidad más allá de sí, es fuente generadora de ansiedad. Para otros sujetos es francamente angustioso no poder trascender a sí mismos. En el primer caso, se rigidiza la interacción con la realidad, se frena la incorporación de lo nuevo, limitándose el desarrollo. En el segundo caso, hay una apertura a la contradicción con la realidad y a su solución productiva, propiciándose el aprendizaje, el desarrollo.

La pareja aparece impactada por el cambio de valores en general y hacia el sexo y el amor en particular.

En estos días, en que como contraparte al impetuoso desarrollo tecnológico, la vida pulsa por volcarse hacia el interior de la subjetividad humana, ganar en autoconocimiento y conocimiento del otro, redimensionar los lugares históricos, posibilita la aceptación e integración del otro desde lo humano diferente, en lugar de la comparación, contraposición o supremacía; el crecimiento como personas, a partir de la opción de la alternancia de roles que enriquezca a cada uno y a la relación como un todo. Las condiciones actuales favorecen más la ruptura que la unión, la estabilidad, buscándose más el cambio y la experiencia que la consolidación de los vínculos. Cada vez se hace más fácil armar y desarmar parejas y el amor para toda la vida se va viendo más como una carga que como proyecto, tendiendo a aumentar la inestabilidad.

Debilitados los resortes externos del vínculo amoroso (presiones económicas, sociales, jurídicas y religiosas, la censura férrea del divorcio, de la concepción y sexualidad prematrimonial), emerge el amor y la intimidad psicológica, como única condición para la durabilidad auténtica de la pareja, que hoy sólo puede decidirse desde su interior.

Declinan sus criterios de calidad del matrimonio como institución (capacidad de manutención, número de hijos, duración), para presenciarse un desafío al mismo ante la facilidad del divorcio, la movilidad y densidad poblacional que aumenta los contactos interpersonales, la extensión de la vida y la débil coerción institucional.

El matrimonio a prueba, aflora como fenómeno de proliferación universal, asociado, al parecer, a factores diferentes según

las especificidades socioeconómicas y culturales en su contexto de expresión.

Para algunos tampoco va resultando el matrimonio a prueba una alternativa de vida en pareja, sino que comienza también a proliferar lo que se ha llamado **unión no conviviente, cama afuera o unión visitante**.

Es como aceptar que, definitivamente, nadie puede satisfacer todas las exigencias de otro y ante este hecho, acuerdan pues, un tipo de unión en la cual se construye, defiende y se mantiene el espacio del vínculo pero sin convivencia. Este tipo de unión resulta para algunos más excitante, los límites que adquiere la individualidad, el propio tiempo y espacio, brindan ilusión de independencia, de mutua libertad, neutraliza el automatismo de los encuentros y las citas sistemáticas, generándose como una especie de negociación permanente.

No concluimos el siglo con real y auténtica redefinición de lo que acontece al interior de la vida amorosa y familiar.

Al parecer, no quedan grandes dudas de que el advenimiento del nuevo milenio traerá consigo un mayor acercamiento e interpenetrabilidad entre lo masculino y lo femenino y con ello nuevos modos de encontrarse hombres y mujeres para vivir el amor y constituir sus parejas y sus familias.

La nueva cultura que pulsa por brindarnos emergentes en este sentido reclama una democratización de las relaciones entre los géneros donde la tolerancia a lo personal diferente prime por sobre la rivalidad.

La noción de supremacía del varón y de inferioridad de la mujer se tornan injustas e intolerantes en un mundo que pulsa por promover una conciencia de mayor dignidad personal y democrática.

Las relaciones de género hoy piden equidad y una nueva sensibilidad masculina. La mujer cada vez más busca en el hombre amistad, intimidad, reciprocidad, gratificación de ambos en el espacio público así como en el ámbito doméstico y en la educación familiar.

Los cambios que necesitamos seguir promoviendo inducen a desmontar el sexismo, el poder sobre la base del género, la noción de que lo humano es lo masculino, lo público y lo femenino, lo invisible y privado. Supone el desmontaje de la masculinización de la cultura y de la mujer desde paradigmas tradicionales en el afán de acceder a espacios anteriormente prohibidos pero sin poseer aún otros referentes que los del propio varón.

El 2000 va pidiendo repensar la masculinidad y sin cesar las reivindicaciones y conquistas de la dignidad femenina, repensar la femineidad. En ello resulta insoslayable la distribución de funciones de género según diferencias personales y no genéricas y la alternancia de género en cuanto a lo privado y lo público.

Resulta impostergable la superación de dicotomías masculino-femenino, privado-público que posibiliten extraer los sentimientos, pensamientos y desempeños humanos de estancos estereotipados o privativos de uno u otro género.

Esto no sólo requiere de transformaciones subjetivas, sino de la justa valorización de las actividades domésticas, el cuidado y educación de los hijos, la atención de los miembros de la familia, la transmisión y contención de los afectos, etc., para que éste no siga siendo el espacio siempre olvidado y depreciado por los hombres y ahora el abandonado por las mujeres, con las consecuencias que para el desarrollo humano y social podría traer, sino para que mujeres y hombres nos integremos a él de

modo más fácil, comprometido y democrático (véase Gutiérrez de Pineda, V. 1995).

Tal redimensión al nivel de la cultura y sociedad puede contribuir a que en lo individual el varón se acerque a lo privado y lo familiar con satisfacción y valoración y no con desdén, desánimo o imposición o para la externa complacencia hacia la mujer. Puede también contribuir a que la mujer se acerque a lo público sin culpas por alejarse de lo privado y busque su propio espacio sin tener que reeditar el modelo masculino, fortaleciendo sin saberlo bien la masculinización de la sociedad y la cultura.

Ello apunta hacia una cultura aliviada de autoritarismo y sexismo. Hacia una masculinidad aliviada de omnipotencia, donde la independencia y la fuerza no se identifiquen con el poder y la competitividad, sino que se articule con la expresividad, apertura, tolerancia al fracaso y al apoyo emocional, con la posibilidad de recuperar los sentimientos, como algo humano y de aceptar la femineidad en tanto apreciación de lo diferente, liberarse de los mitos y chantajes culturales. Apunta también, hacia una nueva femineidad, aliviada de la dependencia y fortalecida en autoestima y seguridad, en la defensa de sus necesidades e identidad personal, en su dimensión activa, emprendedora y a la vez capaz de amar y de definir sus límites.

Proceso arduo éste, para lo cual no son suficientes las modificaciones en el orden económico y social, sino también transformaciones agudas en el plano de las representaciones sociales y de la subjetividad individual, unido a las vicisitudes que ello genera.

Hombres y mujeres hoy poseen más posibilidades de realizarse sexualmente al poder amar estilos de relaciones sin encasi-

llarse necesariamente en un único modelo de convivencia sexual, fomentando cada vez más el respeto, la responsabilidad, la tolerancia, la justicia. Relaciones menos maniqueas, prescritas, traumáticas y más humanas, de realización y crecimiento personal. En ello van los pilares de la democratización de la vida amorosa y familiar que demanda el nuevo milenio.

Para ello la sociedad debe crear condiciones que favorezcan a la familia, la superación de la cultura androcéntrica como una de las formas más generalizadas y menos visibles del sexismo. Necesidad de promover la sensibilidad hacia las diferencias de género de modo que incida en la formulación y ejecución de políticas sociales favorables a las familias y a cada uno de sus miembros en el sentido de la equidad, la corresponsabilidad y afecto.

No se trata de la búsqueda desesperada de modelos que finalmente esclavizan, paralizan en la presunción de que nos calmarán y orientarán, sino de la búsqueda en la diversidad, en la pluralidad y el cambio que es lo que tipifica la realidad más allá de cualquier voluntarismo a ultranzas. Preparémonos para tolerar lo diverso, lo cambiante e imprevisible, para crear en los marcos de una ética para el progreso y bienestar humanos.

En momentos en que para algunos, amor y compromiso sueñan como añejo y sentimental, en que la familia completa es una excepción, en que la pareja y la amistad perdurable resultan ya algo infrecuente, en que la promiscuidad sexual logra ser vivida como natural, tal parece que renace una búsqueda del sentido de la ternura, del romance, de dignificar al sexo como expresión de amor entre dos personas, de hallar valores per-

didados y encontrarle un sentido a la vida.

No es la pareja la que está en crisis, en mi opinión, sino un modo específico de pareja y su institucionalización que legisla, prescribe y prohíbe desde afuera, de mutua dependencia o de dependencia y anulamiento de las identidades personales.

Todo ello, unido a la variación de los criterios de funcionalidad de la pareja en estos días, que hacen tropezar la esperanza de un vínculo duradero con la libertad individual como valor, tornan poco satisfactoria para los sujetos, la pareja erigida sobre la base de la posesividad, de anular el sí mismo en aras del otro, apareciendo con fuerza la necesidad de un vínculo que en su defensa como espacio singular, permita el enriquecimiento de la propia individualidad.

Se va privilegiando una pareja de relativa estabilidad, aunque no eterna ni incondicional, de más complicidad, compañerismo, negociación, de cultivo al erotismo, pasión y otros pilares como el amor inteligente emanado de la comunidad de gustos e intereses.

Continuarán los amores, las separaciones y los nuevos amores, como una suerte de «poligamia» seriada.

El encuentro y conocimiento de las subjetividades, la autorrealización y la satisfacción psicológica en el seno de la pareja, si se posee la capacidad para establecer una relación íntima y duradera con otra persona y como construir y mejorar al amor, son puntos a debate hoy.

El amor del fin de milenio está en búsqueda de otros caminos, de creación, en donde se integre el erotismo a la vez que la afectividad, los acuerdos y entendimientos mutuos, donde la ternura y el afecto dejan de ser ya cuestiones perseguidas sólo por mujeres para convertirse en una

exigencia del vínculo. Es como una búsqueda de mayor intimidad, de amar al otro como totalidad, de integrarse con el otro.

Se intenta construir hacia el tercer milenio una pareja que comparta en lugar de competir, que se estimule y apoye en el crecer personal, en lugar de anularse o diluirse el uno en el otro, en defensa de los espacios personales y de pareja, en lugar de dependencia. Por supuesto que nos referimos a un movimiento. Son realmente pocas las parejas que se encuentran ya en condiciones de armar tales vínculos. Sin embargo, suelen ser éstas las aspiraciones que requerirán aún de continuas transformaciones en la subjetividad social e individual.

Se trata entonces, de integrar en cada uno lo diferente, de buscar lo masculino en lo femenino y viceversa, de integrar al sujeto en una articulación más totalizadora que posibilite el encuentro entre personas y no entre guiones preestablecidos.

El abordaje de esta cuestión, requiere del enriquecimiento de la concepción psicológica acerca de las relaciones amorosas, que contribuya a profundizar en la naturaleza de los fenómenos que ocurren en su interior.

Examinar la naturaleza compleja, dinámica y en evolución constante, implícita en la relación amorosa, no es tarea fácil, no obstante, tal empeño, puede contribuir a la búsqueda de las direcciones y vías para el enriquecimiento del sujeto hacia esta esfera de la vida, cuestión de vital importancia si deseamos que sobreviva lo humano del amor y rescatar la pertinencia de la pareja desde enriquecer su interior, en medio de tiempos que amenazan con crisis, desestructuración de valores y sentidos en torno, incluso, a la propia vida.

BIBLIOGRAFIA

- Arana, María José (1997). Repensar la sexualidad desde las mujeres. Aportaciones desde el feminismo a la Ética Sexual. En Revisión de la Comprensión Cristiana de la Sexualidad. Madrid, España. Editorial Nueva Utopía.
- Ares, P. (1990). Mi familia es así. Ciudad de La Habana, Cuba, 144. Editorial de Ciencias Sociales.
- Arias, J. (1996). Fernando Savater: El arte de vivir, Barcelona, España, Editorial Planeta.
- Becker, C. (1989). El Drama Invisible, México, 44, Editorial Pax.
- Blanco, J. A. (1995) Tercer Milenio, Ciudad de La Habana, Cuba, Centro Felix Varela.
- Burín, M., Moncarz, E. y Velázquez, S. (1991). El malestar de las mujeres Buenos Aires, Argentina, 59.
- Fernández, L. (1993). ¿Roles de género o hacia el encuentro entre personas? Ponencia presentada al I Encuentro Iberoamericano sobre familia. Ciudad de La Habana Cuba.
- Fernández, L. (1995). Personalidad y relaciones de pareja, Impresión ligera Veracruz, México.
- Fernández L. y López, L. (1995). Sexo y amor hacia el 2000, México, Revista Siglo XXI.
- Forcano, B. (1996). Nueva Ética Sexual. Madrid, Editorial Trotta.
- Frago, S. y Cols. (1997). ¿Cómo educar hoy para la sexualidad? en Revisión de la Comprensión Cristiana de la Sexualidad, Madrid, Editorial Nueva Utopía.
- González, A. y Castellanos, B. (1995). ¿Desaparecerán los géneros cuando muera el sexismo.? Revista Sexología y Sociedad, Año 1 No.2. Cuba.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1995). Los cambios en el rol femenino y su impacto en el sistema familiar, Revista Colombiana de Psiquiatría. Vol. XXIV, N° 4. Colombia.
- Kleinman, R., Pérez, N. y Repetto, C. (1992). Varones y mujeres, qué se espera, qué queremos, en Revista Argentina de Sexualidad Humana. Editada por SASH Año 6 N° 1. Buenos Aires, Argentina.
- Leonelle, E. (1984). Más allá de los tabios, Barcelona, Editorial Noguer.
- Leonelle, E. (1986). Las raíces de la virilidad, Barcelona, Editorial Noguer.
- Martín, E. (1995). Los cambios en el rol femenino y su impacto en el sistema familiar. Entrevista con la Antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda. Rev. Col. Psiquiatría, Vol. XXIV, N° 4, 1995, pp. 264, 265, 266.
- Puerto, C. (1997). Las tendencias antropológicas de la sexualidad ante las puertas del nuevo milenio en Revisión de la Comprensión cristiana de la sexualidad, Madrid, Editorial Nueva Utopía.

Mujeres Italianas Emigradas a Rosario (1945-1965).*

HILDA HABICHAYN
CEIM-UNR

Algunas reflexiones metodológicas:

A partir de la década del ochenta del siglo XX, una nueva corriente sociológica se ha convertido en "un caudaloso río que ha regado generosamente el campo de la sociología" según la afirmación de Theda Skocpol (1991). Esta nueva corriente venía abriéndose paso lentamente desde mediados de los años setenta cuando empezaron a verificarse cambios relacionados con una "nueva sensibilidad hacia una investigación de tipo significativo" (idem).

Una saludable práctica se fue introduciendo en el trabajo y en los escritos tanto de historiadores como de sociólogos, los que fueron incorporando métodos y técnicas hasta el momento considerados como exclusivos de la respectiva disciplina científica.

Sánchez León (1996) afirma que, en España, desde los años ochenta ya se ha venido hablando de sociología histórica, pero no sin despertar controversias y suspicacias acerca de su legitimidad y a la luz de debates sobre las relaciones entre historia y sociología tal como lo ha planteado Burke (1988).

Estas discusiones y suspicacias han retrasado la incorporación de los planteos teóricos o metodológicos de la sociología histórica (Sánchez León, 1996:113). Así se ha retardado la práctica de centrar la reflexión en las relaciones entre estructuras y acción, y no se ha incursionado todavía lo suficiente en los grandes procesos de cambio social, entre otras limitaciones.

Sin embargo en la propuesta de Skocpol (1991) está enfatizada la importancia de incorporar al estudio de temas clásicos de la sociología la utilización de datos históricos que resulten más sólidos y métodos de análisis más eficaces.

No obstante, es necesario aclarar que este enfoque de la sociología histórica aún transita un proceso de cambio y consolidación. Un detalle que nos atañe directamente es el hecho de presentar una ampliación de los espacios, tiempos y temas con respecto a los que ocupaban a los fundadores de la sociología. De esta manera se abandona el estrecho ámbito de preocupación constituido por la problemática eurocéntrica occidental (Skocpol, idem). Podríamos decir que es un enfoque y un abordaje que se acerca al de la antropología cultural y que amplía el tipo de interrogantes y los modelos investigados originariamente por la sociología histórica.

* Este artículo es un fragmento introductorio de una investigación en curso realizada por Hilda Habichayn y Héctor Bonaparte.

Este proceso de aunar métodos y técnicas de diversas disciplinas —en este caso la sociología y la historia— se inserta en una corriente más amplia interdisciplinar que incluye la perspectiva histórica. En el caso de la sociología histórica los estudios realizados por sociólogos norteamericanos nos remiten indudablemente al enfoque sustentado por C.W. Mills en 'La imaginación sociológica' (Skocpol, idem).

Esta estrecha vinculación de disciplinas no debe hacer pensar en un proceso de subalternación de una disciplina con respecto a otra. El hecho de que la sociología tome de la historia métodos y técnicas no es diferente al hecho inverso cuando la historia, por ejemplo, recurre a la técnica de la entrevista tradicionalmente utilizada por la sociología y la antropología.

Así en palabras de Skocpol "la teorización sociológica está en disposición de mostrarse más sensible a las secuencias de acontecimientos en el tiempo y a las diversas trayectorias históricas sin abandonar por ello su tradicional interés en explicar, en términos potencialmente generalizables, los procesos y los efectos de las estructuras sociales y de las acciones grupales" (idem).

Una característica sobresaliente de la sociología histórica es la relacionada con la variedad de acercamientos epistemológicos. Algunos de sus propulsores se han negado, por ejemplo, a enredarse en la búsqueda de una definición de esta nueva disciplina y han preferido dedicar sus esfuerzos a proponer una temática amplia para investigar y teorizar. Según Skocpol se percibe en los autores de esta corriente una gran variedad y un "fructífero eclecticismo". "Es evidente que cuando la substancia de la sociología histórica viene definida por los problemas y las perspectivas en vez de

por metodologías y epistemologías preconcebidas, la investigación y los argumentos gozan de libertad para desarrollarse en variadas maneras".

En nuestro estudio de las mujeres italianas migrantes hemos recurrido a este enfoque que reconstruye la unidad de las ciencias sociales, en este caso, de la historia de las mujeres y la sociología del género y así hemos intentado reproducir la trama de las relaciones sociales tal como se producían en los lugares de origen y fundamentalmente las relaciones de parentesco.

Con este cometido la historia que transitamos ha sido una micro-historia y nos hemos preocupado por resaltar de manera hasta ahora inusual ese flujo migratorio, el que ha sido tradicionalmente considerado marginal a causa de su reducido caudal en términos relativos (Vangelista, *Altre Italie* n° 17).

Una historia de las mujeres implica un triple compromiso: dilucidar el papel y la situación de las mujeres, recurrir al sesgo o dimensión de género, y encuadrar la historia de las mujeres en la historia de las mentalidades. (Hufton, 1988).

Los estudios acerca de la condición de las mujeres han enfrentado una serie de dificultades al abocarse al análisis de las fuentes tradicionales, lo que hizo necesario una revisión metodológica de las conceptualizaciones y de las categorías de análisis.

Una conceptualización propia del androcentrismo que ha dominado no sólo la sociedad sino también las ciencias y entre ellas, la historia que ha ocultado, falseado o ignorado el papel desempeñado por las mujeres en la historia, lleva a la urgencia de revisar los conceptos y enunciar otros nuevos si fuera necesario (Fagoaga y Luna, 1986).

La metodología que hemos

utilizado fundamentalmente ha sido la de la historia oral, especialmente en la modalidad de historias de vida y éstas a través de entrevistas semi-estructuradas y, en no pocos casos, entrevistas no estructuradas, lo que nos ha significado un caudal de información muy rica referida a las motivaciones, expectativas y frustraciones de estas mujeres italianas inmigradas en Rosario.

Esta metodología y estas técnicas que ofrecen una riqueza de información al entrevistador sobre las motivaciones y expectativas del entrevistado, constituyen para este último una fuente de recuerdos emocionalmente perturbadores al bucear en la memoria de toda su vida pasada (Favaro, 1996).

No se nos escapa que el recurso de la historia oral es aun debatido en los círculos académicos, como así también todos los métodos y las técnicas que se proponen recoger, fundamentalmente las subjetividades y la información cualitativa. Y es debido a esto que, en la medida de lo posible hemos intentado registrar datos estadísticos referidos a los aspectos objetivos y cuantitativos que sustenten las subjetividades encontradas.

Una de las mayores posibilidades que ofrece la técnica de las historias de vida es la de una mayor aproximación y una mejor interacción entre entrevistado y entrevistador (Favaro, 1996).

La técnica que hemos utilizado se apoya fundamentalmente en el trabajo del entrevistador, que no debe ser otro que el investigador mismo, quien realizará posteriormente el trámite del desgrabado. Y esto es así porque la riqueza de la historia de vida reside en el cúmulo de gestos, suspiros, silencios, hesitaciones que se van produciendo al compás de los recuerdos perturbadores y emocionales.

Por lo tanto, no es recomendable delegar el trabajo de grabación de las entrevistas a terceras personas; como así tampoco postergarlo en el tiempo. Cuantos más días transcurran, el olvido del entrevistador irá minando el recuerdo de las impresiones recogidas durante la entrevista..

En síntesis, ésta es una técnica cuya utilización no desconoce la existencia de las emociones y todas las expresiones más vitales que subyacen debajo de las palabras, las que no deberían ser descartadas en nombre de una pretendida objetividad (Favaro, 1996).

"Una evidencia oral, transformando los 'objetos' de estudio en 'sujetos', contribuye con una historia que no sólo es más rica, más viva y más conmovedora, sino también más verdadera" (Thompson, P., 1992, citado por Favaro y traducido por nosotros).

Otra característica de esta técnica que, en cierta medida, constituye una limitación pero, a la vez, una garantía de una mayor receptividad y apertura, es el hecho de que estas personas que se van entrevistando 'aparecen' en el panorama u horizonte de los investigadores porque han sido recomendadas por un conocido o amigo común. Nada más alejado que el recurso de una encuesta realizada por muestreo al azar, sino que aquí, por el contrario, cuando el entrevistador llega al domicilio del entrevistado es porque ya ha existido un contacto telefónico o por intermedio de terceras personas (Favaro, 1996).

Esta última circunstancia es una fuente de garantía para ambos participantes en este trámite de buscar información por un lado, y de abrir su existencia a la mirada de otras personas, por el otro lado.

Un elemento importante a conseguir es el documento constituido por cartas y fotografías. La correspondencia intercambiada

por los migrantes y por los parientes y amigos que permanecieron en Italia y la que motivó nuevas oleadas de paisanos que fueron agregándose a migraciones anteriores significan una fuente de datos irremplazable. Y las fotografías, tanto de la vida anterior al desplazamiento como del período posterior al mismo, también son un documento 'mudo' pero sólo en apariencia.

Si fuera posible, es interesante recoger las biografías de esas mujeres inmigrantes o de sus descendientes, de manera especial de sus hijas y sus respectivas familias. "Las historias de familias son una vertiente que parece estar ocupando espacios cada vez más significativos" (Favaro, 1992).

No se trata de recoger los datos biográficos de personas que han descollado en algún aspecto, como ser el comercial u otro. Tampoco detenerse sólo en los grupos familiares que se han destacado por cierta actividad. Por el contrario, la intención de esta investigación es bucear en las biografías y las historias de familias comunes o normales. Consideramos que éstas constituyen, de alguna manera, arquetipos o paradigmas de lo que aconteció con la mayoría.

Hemos encontrado y señalado una dificultad específica; dicha obra emanaba de la índole propia del trabajo que remitía a entrevistar personas de edad avanzada, en la medida de lo posible; sólo cuando surgía alguna dificultad o la persona ya había fallecido, tomábamos la hija o nuera. Y en este sentido, cabe señalar que, en general, las inmigrantes ancianas han estado siempre bien dispuestas a recordar el proceso de su migración. Y, en algunos casos, el hecho mismo de comenzar a responder generaba un clima de emotividad positiva que iba 'in crescendo' a medida que progresaba la entrevista.

Algunos datos:

En el límite entre el siglo XX y el XXI, miramos hacia atrás en la Historia y constatamos que el fenómeno de las migraciones de grandes cantidades de personas siempre ha acontecido; pero, una de las características nuevas parece ser la proporción de individuos que se desplazan de un lugar a otro con respecto a la población total.

"En el año 1965 se estimaba que casi 76 millones de personas residían en un país diferente al de su nacimiento, en 1995 dicha cifra alcanzaba a 125 millones" (Blanco 2000:7).

En la actualidad, además del porcentaje de personas que se trasladan, lo más novedoso al respecto, es que estos fenómenos están involucrando cada vez más a una mayor cantidad de países, ya sea como expulsores o como receptores de migrantes.

Siendo que las migraciones han sido una constante en la historia, cabría aventurar la conjetura de que la inclinación a migrar puede constituir cierto tipo de comportamiento remanente o costumbre atávica de las épocas en que los grupos de personas se desplazaban en busca de alimentos y condiciones más favorables en general.

Si bien las migraciones aparecen como una constante, en cambio, las motivaciones y factores de las mismas han sido y son muy variados, así como las características de esos desplazamientos en cuanto a la distancia recorrida o el tiempo de permanencia en el lugar de llegada.

Este trabajo se inscribe en la corriente que intenta recomponer un mapa de las motivaciones tanto objetivas como subjetivas, de las expectativas, de los miedos y ansiedades que desencadenaron y acompañaron los movimientos migratorios, en este caso, de

mujeres italianas que solas o acompañadas salieron del solar natal en el período comprendido entre 1945 y 1965 y tuvieron como destino la ciudad de Rosario, en Argentina.

Si nos preguntáramos por los antecedentes y por las consecuencias de las migraciones que se han producido desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, vemos que, además de responder a las motivaciones particulares, se han debido también a los acontecimientos del momento y a las condiciones sociales, económicas y políticas del lugar de origen, así como del país al que se han dirigido.

Se ha considerado siempre que las variables que más frecuentemente han provocado las emigraciones han sido las de índole económica y laboral. Las personas optan por abandonar su suelo natal, su familia muchas veces, su cultura, y salen en busca de mejores oportunidades de trabajo y, en general, mejor calidad de vida.

En la actualidad, han cobrado relevancia los estudios de los movimientos migratorios, y entre éstos, los estudios acerca de los ciudadanos italianos viviendo en el extranjero (Pacini, *Altretalia* n° 19). Y en este sentido, uno de los aspectos que deben haber impulsado estas investigaciones ha sido la condición de ciudadanos que estos migrantes conservan de acuerdo a la legislación de su país de origen.

En todos los países de América del Sur que fueron colonias españolas se produjeron fenómenos de migración italiana masiva desde el siglo XVI (Bonfiglio, *Altretalia* N° 16), pero con la característica de ser una emigración indirecta. Generalmente partían de Génova con rumbo a España; luego desde allí se trasladaban a alguna de las colonias en el Nuevo Mundo.

España no permitía la libre migración en sus colonias de la misma manera que no aceptaba el libre comercio. Pero los italianos eran admitidos por pertenecer a un estado aliado de España (idem).

"Entre 1870 y 1970 alrededor de veintisiete millones de migrantes abandonaron Italia para trabajar y vivir en el extranjero" (Gabaccia, *Altretalia* n° 16). En los períodos inmediatamente posteriores a las dos posguerras se verificó una especial reactivación de ese flujo migratorio, lo cual venía a modificar, 'rejuveneciéndola', la composición etaria del grupo de inmigrantes en los respectivos países donde arribaban (Bonfiglio, idem).

Sin embargo, según Gabaccia insistir en considerar que la única motivación de las migraciones han sido las variables económicas y laborales sería una simplificación del fenómeno y estaría dejando de lado otras variables tanto o más significativas.

Los estudios recientes acerca de la emigración italiana han puesto en tela de juicio los componentes económicos y las dificultades laborales como únicas variables motivadoras de la migración. Se ha comenzado a cuestionar la idea de que la emigración ha sido siempre originada en un permanente proceso de frustración. Al respecto señala Gabaccia que "treinta años de nuevas investigaciones sobre la emigración de las regiones italianas y sobre la inmigración en los países receptores de todo el mundo, han puesto en discusión casi todos los asuntos de esta simplista y limitada interpretación del rol del fenómeno migratorio en la historia de Italia" (traducción nuestra) (Gabaccia, op. cit.).

Con respecto a nuestro país, el mayor flujo migratorio aconteció alrededor del fin del siglo XIX (Germani) alcanzando su pico

más alto en el año 1 del siglo XX cuando entraron al país 1.000.000 de extranjeros. Como consecuencia, en los comienzos de ese siglo más de la mitad de la población de Buenos Aires estaba compuesta de italianos y de su descendencia (Gabaccia, idem).

En la actualidad, sesenta millones de personas de nacionalidad italiana viven fuera de Europa y se puede afirmar que las personas de origen italiano que viven fuera de Italia son más que las que habitan la península.

Volviendo al proceso inmigratorio de personas italianas en nuestro país, el mismo se había desacelerado en la década del 30 del siglo XX (Cacopardo y Lopez, 1997:187). Esta ola inmigratoria que había durado casi un siglo, desde mediados del XIX a la década del 30 en el siglo XX, parecía cerrada definitivamente.

Pero durante las dos décadas posteriores a la finalización de la Segunda Guerra, seis millones de italianos abandonaron su país natal (Gabaccia, idem); y sus destinos fueron Canadá, Australia, Francia o Argentina en mayor proporción que Estados Unidos. Muchos de ellos tuvieron como meta nuestro país, ya que, luego de 1945, se inició un nuevo proceso programado y fomentado desde el gobierno argentino. Acompañando convenios comerciales que intercambiaban granos por maquinarias y equipos, se acordó entre los gobiernos de Italia y Argentina facilitar la inmigración italiana (Romero, 2000: 134).

La gestión del gobierno peronista planificó e incentivó esta nueva oleada inmigratoria, para lo cual estableció sistemas de préstamos para el pago de los pasajes y de otras expensas del viaje, entre otras medidas que facilitarían el asentamiento de los recién llegados.

El objetivo de este estímulo para la inmigración era lograr una

masa trabajadora que se inserta en los centros urbanos de industrialización creciente, a pesar de su origen rural en la mayoría de los casos.

La crisis agraria sumada al crecimiento urbano e industrial fomentaron las migraciones internas (Romero 2000: 139); pero este movimiento poblacional no alcanzó a proveer toda la mano de obra necesaria en los centros urbanos que se industrializaban aceleradamente.

La coyuntura originada en el cierre del Océano Atlántico a causa de la Segunda Guerra y sus consecuencias inmediatas hacían imposible la llegada de productos que tradicionalmente se compraban en Europa y, además, impulsaba el proceso de sustitución de importaciones, ampliamente estudiado en su momento por los teóricos de la Dependencia (Cardoso y Faletto, Theotonio Dos Santos y otros).

Este intento de reemplazar las importaciones por producción local requería un caudal de mano de obra que tampoco podía ser satisfecho por el lento proceso de crecimiento vegetativo (Bagú 1982:30). Fue debido a esas causas que se trató de estimular la afluencia de personas de orígenes diversos, ya fuera de países limítrofes o de lugares más lejanos.

La mayor parte de los italianos no dejaron Italia de modo definitivo; por el contrario, casi la mitad ha retornado a su país. Pero a su vez, encontramos un fenómeno llamado 'cultura de la emigración', alimentado por los inmigrantes hasta el punto de que la emigración constituye la normalidad, más que una excepción (Gabbaccia, idem).

Entre los años 1947 y 1951 ingresaron al país 412.000 personas de origen italiano; y retornaron a su país 115.000. Es decir que hubo un retorno de migración del 28% (Manrique Zago, 1987),

lo que deja un saldo aproximado de 300.000 inmigrantes de origen italiano.

Según el Censo de Población, Familias y Viviendas para la Provincia de Santa Fe, en el año 1970 había en la Provincia de Santa Fe un total estimado de 2.112.100 habitantes, de los cuales 1.999.850 eran nacidos argentinos y 122.250 eran extranjeros.

En el año 1943, Rosario tenía 462.226 habitantes; cifra que llegó a 502.942 en el año 1955 (Pons 2000: 211). Según Zulma Recchini y Alfredo Lattes citados por Pons, Rosario era una ciudad "de emigración débil e inmigración débil" en la que el impacto de las oleadas inmigratorias no llegaba a constituir un elemento desestabilizador desde el punto de vista de la composición demográfica (idem).

Esa inmigración, aunque débil numéricamente, sin embargo tenía los mismos componentes, en líneas generales, que la otra gran oleada que constituyó 'el aluvión inmigratorio' del período finisecular. Es decir, que las personas provenientes de Italia seguían siendo el aporte más numeroso, conjuntamente con las que venían de España, por lo que Luis Carballo bajo un seudónimo decía lo siguiente: "nosotros queremos la gran Argentina de la Chacra y la Estancia, la Argentina de la pampa gringa y de la pampa gaucha" (citado por Pons, 2000:220).

Las migraciones se han diferenciado también por su composición étnica, por la relación numérica entre los sexos, y en menor medida por diferenciaciones de clase. Con respecto a esta última categoría, y para el período aquí estudiado, la mayoría de los inmigrantes han sido personas de escasos recursos que emigraban en busca de mejores oportunidades laborales, si bien la variable económica no era la única motivación.

Ravenstein formuló en 1885 las

"Leyes de las Migraciones" que constituyen más un conjunto de generalizaciones que una teoría propiamente dicha (Blanco, 2000: 9). En las mismas, el autor consideró la variable sexo y aseveró que las migraciones eran fundamentalmente masculinas y que las mujeres preferían recorrer distancias cortas.

Ante estas apreciaciones nos planteamos la necesidad de tener en cuenta que en cualquier hecho que se haya estudiado y documentado, en general, no se registraba la desagregación por sexos y, por lo tanto, la presencia de las mujeres pasaba inadvertida.

En la actualidad, en Argentina, las personas de origen italiano constituyen el 21 % de la población del país, por lo que Gabbaccia afirma que "interpretar la historia de estos países (que han recibido esta inmigración) significa interpretar la inmigración".

Es indudable que las condiciones y las motivaciones que han tenido para emigrar las sucesivas oleadas de personas deben haber sido, con referencia a ciertos factores, similares. Pero, en cuanto a otros, sin duda, fueron diferentes. No debe haber sido lo mismo emigrar a fines del siglo XIX o comienzos del XX que en la segunda posguerra.

Una de las diferencias fundamentales, a nuestro juicio, ha sido el hecho de encontrarse aquí con muchos connacionales que habían arribado, justamente, en esas inmigraciones anteriores y que ya se encontraban afincados y, en muchos casos, perfectamente integrados, aculturalizados, asimilados.

Esta circunstancia facilitó la posibilidad de que se establecieran redes de diversa índole, las que vendrían a facilitar de muchas maneras la incorporación de esas nuevas camadas de inmigrantes.

Las redes familiares y parentales, así como las étnicas y las ocupacionales constituyeron en

su momento un elemento importante en el proceso de integración a la nueva sociedad. Cada una de estas organizaciones espontáneas ayudaban mucho a los nuevos inmigrantes en dos aspectos fundamentales: la búsqueda de trabajo y el éxito en esta búsqueda por un lado, y la ambientación y la incorporación de costumbres por el otro.

Las Colectividades y sus Centros:

A pesar del importante caudal migratorio de personas provenientes de Italia desde principios del siglo XX, los Centros de Colectividades se crearon muy tardíamente; todos después del año 1950. Esto hace pensar que, entre otras razones, la inmigración posterior a la Segunda Guerra debe haber traído consigo características peculiares que pueden haber impulsado la creación de organizaciones que los nuclearan y les brindaran apoyo solidario.

También es probable que la migración anterior no haya llegado, en general, a constituir estos centros pertenecientes a colectividades debido al peso que tenían las redes familiares, parentales, étnicas u ocupacionales de las que hablábamos anteriormente.

Pero también debe haber habido circunstancias históricas peculiares de la ciudad y la provincia que los recibían. Se sabe que en 1945 se lanzó la propuesta de reunir a las sociedades vecinales, las que habían venido surgiendo desde 1923; esta iniciativa se proponía unificar criterios para así "entablar un canal más firme con la Municipalidad" (Pons, 2000:221). Esto nos hace pensar que nos encontraríamos en estos años con una coyuntura que posibilitaba, y a la vez demandaba, un cierto nivel organizacional de los habitantes de Rosario. Así los vecinalistas se reunían en

sociedades que nucleaban diversas vecinales. Y paralelamente surgían los centros y asociaciones de inmigrantes.

Las asociaciones vecinales tenían como objetivos atender las necesidades de los habitantes que las componían. Se ocupaban de solucionar problemas sanitarios, de desarrollar eventos culturales, así como estrechar sus relaciones con organismos estatales para el mejoramiento de la vida del barrio.

Los centros y asociaciones de inmigrantes en cambio fueron surgiendo con la finalidad de socorrer y ayudar a los integrantes de las colectividades respectivas. Pero tanto unas como otros venían a apuntalar la labor estatal y a suplirla si era necesario.

La lista de Centros que se registra es la siguiente: (consultar Megías, 1992)

Asociación Familia Friulana de Rosario (15-11-1953)

Aparece el 8-7-1955 el primer número de la Revista de la Colectividad Piamontesa.

Asociación Familia Siciliana (1956)

Asociación Familia Piamontesa (3-3-1956)

Asociación Familia Calabresa (mayo de 1962) a la que se sumó más tarde una Mutual Familia Calabresa

Familia Abruzzesa (15-8-1964)

Asociación Familia Marchegiana (13-10-1966)

Y mucho más tarde surgen otras organizaciones:

Asociación Emilia Romagna (1983)

Descendientes de la Puglia Italiana (1985)

Centro Ligure de Rosario (1986)

Asociación Siciliani nel Mondo Archimede (1986)

Centro Campasi del Mondo (1988)

La única entidad que surgió antes de 1950 fue la Sociedad Ita-

liana Alcara Li Fusi creada el 1º-9-1947. Esta fue una colectividad que alcanzó a partir de 1947 su mayor flujo migratorio, aunque venían arribando al país desde 1920.

Estas asociaciones pertenecientes a cada grupo de inmigrantes cumplían una serie de funciones con relación a los miembros de la colectividad. Una de esas funciones era la de constituir un grupo de personas entre las cuales era factible conseguir una pareja con características, gustos y pautas similares a las propias; así se conformaban los matrimonios entre connacionales o paisanos, circunstancia ésta que, se suponía, podía garantizar continuidad en la vida de pareja.

Otra función de estas colectividades era mantener el sentimiento de la etnicidad para que el proceso de integración a la nueva sociedad se realizara sin cortar los lazos con la cultura de origen, corte que hubiera significado un estado de anomia.

En la actualidad, en algunos países latinoamericanos se está observando cierto grado de disolución de la cohesión étnica italiana tal como relata Bonfiglio refiriéndose a la realidad peruana.

Peró, paradójicamente este mismo sentimiento de etnicidad, sin embargo, está operando, en nuestro país, en estos momentos cuando, a raíz de la grave crisis económica y laboral, muchos jóvenes, hijos de aquellos inmigrantes están gestionando su ciudadanía italiana y el correspondiente pasaporte para emigrar, retornando a Italia la generación de descendientes.

La inmigración según el género y el trabajo femenino:

A pesar de que ya fuera examinado por Ravenstein en 1885, el fenómeno de la migración de mujeres no ha sido considerado relevante y así su importancia y

su especificidad han sido ignoradas (Recchini de Lattes, 1988).

Sin embargo, encontramos ciertas consideraciones que merecen ser subrayadas, como las que expresa Zulma Recchini de Lattes (*idem*) en el sentido de que el porcentaje de migraciones femeninas no ha sido despreciable; y al respecto agrega que en los casos en que, en realidad, ha llegado a darse una predominancia femenina -como es el de las migraciones interprovinciales en nuestro país o en ciertos desplazamientos internacionales-; deberían considerarse ciertos aspectos del proceso migratorio. Y esto debería realizarse no con una intención de extraer conclusiones generalizantes sino sólo para explicar la selectividad femenina. Propone atender a los aspectos siguientes: "rol de las mujeres en las áreas de origen, distancia involucrada, oportunidades ocupacionales existentes en el lugar de destino y pautas culturales acerca de los asentamientos urbanos".

Recchini de Lattes menciona a Houstoun, Kramer y Barrett (1984) quienes han mostrado que las mujeres tuvieron predominancia en la inmigración internacional hacia Estados Unidos a partir de 1930. La misma autora continúa mencionando el dato del Monitoring Report de las Naciones Unidas (1988) en el cual se mostraba que las mujeres "constituyen una proporción importante entre los residentes extranjeros en la mayoría de los países en que la magnitud de la migración es substancial".

Es probable que una de las explicaciones del considerable número de migrantes femeninas sea la actitud vinculada a las estrategias de supervivencia de las familias, fenómeno éste que no es nuevo sino que ha sido reconocido últimamente como objeto de análisis.

En el fenómeno y período que

estudiamos en este trabajo encontramos que las mujeres han migrado en la misma medida que los varones. Una hipótesis es que, desde la década del 60, impulsada por el Movimiento Feminista, la presencia y protagonismo de las mujeres comenzó a hacerse visible. De hecho, en las últimas décadas y en forma progresiva ha estado recuperándose esa presencia de las mujeres y, más aún, se han comenzado a realizar estudios con enfoque de género, lo cual aporta claridad y un conocimiento más fidedigno que refleja la realidad en toda la riqueza de las relaciones intergeneracionales.

En la migración que abordamos en este estudio, los que se han desplazado, en general, son grupos familiares; y si bien, en no pocos casos, quien hacía el movimiento inicial era el padre de familia, luego el resto del grupo doméstico se reunía con él. De esta manera, la familia nuclear que en un primer momento podía haberse desintegrado a causa de la migración del pater familia, a la postre era nuevamente integrada con la llegada de los miembros restantes.

Recién en las migraciones actuales de las dos últimas décadas del siglo XX pareciera ser que las mujeres han cobrado una mayor autonomía en este fenómeno.

No obstante, insistimos, no sería extraño que con respecto a este aspecto, al igual que en todos los demás que han sido abordado por las ciencias sociales, la presencia femenina haya estado entornada y ocultada hasta presentarla como inexistente.

Como consecuencia de los períodos de emigración con mayoría de varones, en algunos países como Italia, la resultante más notoria era la gran cantidad de mujeres campesinas que quedaban al frente de la familia, de la casa, y del trabajo rural, por lo que han sido llamadas 'las viudas

blancas' o 'las mujeres que esperan' (Gabaccia). "En toda Italia -septentrional y meridional- millones de mujeres italianas educaron a los niños, dirigieron el trabajo agrícola, se alimentaron a sí mismas y a sus hijos, condujeron pequeñas empresas, invirtieron dinero en propiedades y tomaron decisiones claves sobre la instrucción y la socialización de las generaciones sucesivas" (*idem*).

La contraparte de estas 'viudas blancas' eran las mujeres que se animaron a emigrar solas o solas con sus hijos pequeños. Al ser personas cuya ocupación primordial habían sido las tareas agrícolas, al hallarse en el medio urbano no tenían demasiadas oportunidades de encontrar trabajos variados, debiendo limitarse al servicio doméstico y, a veces, a la prostitución (Notari, *Altretalia* N° 18).

La incorporación al mercado de trabajo ha dependido siempre, obviamente, de las condiciones del mismo mercado del país receptor. Y así también las migrantes internacionales se ubican preponderantemente en un reducido campo de ocupaciones: servicio doméstico, operarias en fábricas textiles y de alimentación, personal de servicio en restaurantes (Recchini de Lattes, *op. cit.*). Argentina, en el año 1947 presentaba la mano de obra femenina distribuida de la siguiente manera:

Empleadas de servicio doméstico: 3,1 %

Empleadas en comercio, industria y servicios: 10,0 %

Amas de casa y trabajadoras rurales: 86,9 % (Romero, 2000: 139)

Esta categorización utilizada revela, en sí misma, la condición laboral de las mujeres. Especialmente la categoría 'amas de casa y trabajadoras rurales' es de una desagregación que recién se hizo evidente a la luz de los aconteci-

mientos posteriores y de los estudios sobre la condición social de las mujeres que se han venido desarrollando a partir de los años '60 y más intensamente en las dos últimas décadas del siglo XX. Colocar, como se hizo en su momento, en una misma categoría a 'amas de casa' y a 'trabajadoras rurales' resulta muy significativo.

En todo proceso migratorio, las personas que se desplazan deben enfrentarse con pautas culturales y conductas diferentes a las propias, lo que generalmente les ocasiona una serie de problemas. Son conocidos los estudios acerca de la anomia producida por el vacío de pautas, al perder las anteriores antes de lograr incorporar las nuevas.

Este choque de pautas y la necesidad de reemplazar las propias por las nuevas, que aqueja tanto a varones como a mujeres, en el caso de estas últimas ocasiona problemas especiales derivados de su condición genérica particular. Entre otros problemas, merece especial mención la necesidad de conciliar el trabajo fuera de la casa con las obligaciones domésticas sin contar aquí con el apoyo familiar muy consolidado de los países de origen.

En este contexto y en este proceso de reemplazo de pautas y conductas, las mujeres migrantes deben también modificar las referidas a la formación de pareja y a la intencionalidad de contraer matrimonio.

En el caso que estamos estudiando de las mujeres italianas inmigradas a Argentina las consignas que, en general, trataban de transmitir o, más aún, de imponer a la descendencia, eran las de contraer matrimonio con personas de la colectividad. De ahí la importancia de los clubes o colectividades; la gente mayor tenía la expectativa de que sus hijas, sobre todo, encontrarán dentro del seno de estos grupos

étnicos, paisanos con los cuales formar su propia familia.

Como una de las pautas era escoger un/a joven trabajador/a, honesto/a y de buen carácter, se

suponía que estas características positivas se encontrarían con más facilidad y seguridad en el seno de la colectividad respectiva (Batistel, citado por Favaro, 1992).

BIBLIOGRAFÍA:

- Bagú, Sergio y otros (1982). Problemas del Subdesarrollo Latinoamericano, México, Edit. Nuestro tiempo.
- Bonfiglio, Giovanni. La presenza italiana in Perú, una prospettiva storica, en *Altretaliale* N° 16.
- Cacopardo, María Cristina y Lopez, Elsa (1997). Familia, trabajo y fecundidad de los migrantes de países limítrofes, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 12, N° 35, Buenos Aires.
- Cardoso, F.H., y Faletto, E. (1974). Dependencia y desarrollo en América Latina, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dos Santos, Th. (1974). Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina, Buenos Aires: Edic. El viejo topo.
- Blanco, Cristina (2000). Mujeres y migración, *Emakunde*, N° 41, 6-11. Instituto Vasco de la Mujer.
- Fagoaga y Luna (1986). Notas para una historia social del movimiento de las mujeres: signos reformistas y signos radicales, Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres, IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Universidad Autónoma de Madrid.
- Favaro, Cleci Eulalia (1992). Amor à italiana. O real e o imaginário nas relações familiares da região de colonização italiana do Rio Grande Do Sul, *Anais da XII Reunião de Sociedade Brasileira de Pesquisa Histórica*, Porto Alegre.
- Favaro, Cleci Eulalia, (1995). "Far la Mérica": A utopia dos emigrantes italianos, *Américas*, São Paulo, V. 1., 1º sem., págs.113-126.
- Favaro, Cleci Eulalia (1995). História bral/ Histórias de vida: das dificuldades de uma pesquisadora na coleta de depoimentos de mulheres velhas, *Estudos Leopoldenses*, Vol. 32, n° 146, págs. 101-108.
- Gabaccia, Donna Rae. Per una storia italiana dell'emigrazione, en *Altretaliale* N° 16.
- Hufton y otras (1988). What is women's history? Gardinet (Ed) What is History today?, London: Macmillan.
- Manrique Zago, (1987). Los italianos en la Argentina en los últimos 50 años. 1937-1987, Ediciones Manrique Zago, Buenos Aires.
- Megias, Alicia (1992). La colectividad italiana, Edic. De aquí a la vuelta, Rosario.
- Notari, Dalmazia. Donne da bosco e da riviéra. Un secolo di emigrazione femminile dall'alto appennino regiano (1860-1960), *Altretaliale* N° 18.
- Pacini, Marcello. Italiani nel mondo e globalizzazione, *Altretaliale* N° 19.
- Pons, Adriana (2000). Los avatares del populismo (1943-1955), en Alberto J. Plá, Rosario en la Historia (de 1930 a nuestros días) Tomo I, Rosario, UNR. Editora.
- Recchini de Lattes, Zulma (1988). Las mujeres en las migraciones internas e internacionales, con especial referencia a América Latina, Cuaderno del CENEP N° 40, Buenos Aires.
- Romero, Luis Alberto (2000). Argentina. Una crónica total del siglo XX, Buenos Aires, Aguilar.
- Sánchez León, Pablo (1996). Otra vuelta de tuerca para la sociología y la historia: Michael Mann y sus fuentes del poder social, en *Historia social* N° 26, 113-127.
- Skocpol, Theda, (1991). Temas emergentes y estrategias recurrentes en sociología histórica, en *Historia social* N° 10, 101-134.
- Vangelista, Chiara, Comentario Bibliográfico de los libros de Cacopardo y Moreno (1994) La familia italiana meridional en la emigración a Argentina, y de Bjerg y Otero (1995) Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna, en *Altretaliale*, N° 17.
- Vangelista, Chiara, Terra, etnie, migrazioni. Tre donne nel Brasile contemporaneo, en *Altretaliale* N° 19.